

Hay, por ello, literatura y pintura del agua, que viene de las raíces mitológicas de los pueblos, desde los primeros asentamientos, siempre dependientes de manantiales, o al lado del curso de agua, o del lago o de la costa». Pero «los lugares surcados por ríos son también los ejes que ordenan el mundo: canales acogedores que han definido las áreas vitales, los asentamientos, la supervivencia, la circulación». El agua es, por tanto, «cultura y supervivencia, sueño y pragmatismo —vida y muerte—»; pero también paisaje, pues «los ríos van entre sotos, se acompañan de arboledas, de huertas, de jardines».

El noveno bloque, «Paisajes de hombres», aborda dos aspectos del paisaje peninsular directamente relacionados entre sí. Por una parte, la larga huella de la intervención del hombre sobre el solar hispano en el transcurrir de la historia muestra «luces y sombras, cultura y hambre de tierra, [terreno] productivo e improductivo»; en la actualidad, para muchos geógrafos, «los testimonios materiales de ese pasado no serían sino restos de un descuidado museo, disperso por el territorio, deteriorado, retazos de paisajes desconectados de las mallas funcionales en vigor, recuperables en sus viejos sentidos ya sólo en la memoria».

Pero esos paisajes aún tenían una funcionalidad en el siglo XIX, estaban vivos. Por eso «la generación del 98 enseñó a mirar y a ver [...], a apreciar culturalmente lo que, sin duda, ya estaba ahí». Hoy no se aprecian de la misma manera los paisajes, tal vez (como se ha dicho anteriormente) por su dispersión y deterioro, acaso porque interesan más «los trajines —no los paisajes— urbanos», o pudiera ser que hoy no se cultiva «un determinado sistema de valores» que educa, refina y, en definitiva, hace viable la sensibilidad paisajística.

El décimo bloque, «La tesis del espacio difícil», es muy breve; en él se contraponen dos «escenarios vitales» a los cuales se ha enfrentado en el pasado y se enfrenta el hombre en la actualidad, con mayor intensidad y virulencia si cabe. Por un lado, el espacio fácil, aquel que hace sencillas o banales «las consecuciones de los objetivos, bien porque emperieza o ensoberbece, o bien porque contiene objetivos demasiado limitados, por lo que no incita al esfuerzo o reduce las metas aspirables». Por otra parte está el espacio difícil, el del reto excesivo, a veces al límite de lo posible, pero que en «muchas ocasiones actúa como estimulante [...], abre nuevos derroteros libres por paisajes distintos y permite el acceso a metas nuevas e imprevisibles [...], al espacio fuera de los caminos trillados, repetidos y copiados, al espacio del hombre libre, independiente y creador. Incluso al espacio exclusivo del genio: es decir, el que crea de donde no hay».

El último bloque, «Martian chronicles» (título extraído de la novela homónima de Ray Bradbury), es un canto a esos espacios difíciles, a esos caminos no trillados de los que el autor se ha hecho eco en el bloque anterior; ni más ni menos que el entusiasmo por «el proyecto de poder ir al planeta enigmático», Marte, en la nave *Spirit*; incluso el autor llega a decir: «[...] también quisiéramos ir así a todos estos lugares y a unos cuantos más», simplemente por «el irresistible placer del conocimiento de las cosas y de la más honda razón de la belleza y de la fuerza de los paisajes». Uno de los mayores atractivos de este viaje es que «abre una ventana al mundo. Y si fuera a su lado más oculto, al gran vacío del otro lado del espacio que tapan cortinas de estrellas y galaxias, aún más». Pero eso no es todo; a través de las imágenes enviadas por el *Spirit*, el paisaje de Marte es identificable aquí en la Tierra (en las Cañadas del Teide, en el desierto líbico): «Marte me sirve para conocer la Tierra tanto como la Tierra me vale para Marte».

Bien, creo que ya se ha dicho bastante sobre este libro, genuino y excelente por todos los conceptos, y mediante las palabras seleccionadas a lo largo de este prolijo comentario se ha podido apreciar sobradamente el talento y el pensamiento de su autor, también de su espíritu, pues estando como está en situación de «emeritaje», no tiene ninguna duda sobre su proyecto de futuro, un largo y difícil camino a las estrellas. Sólo queda darle la enhorabuena por la elección y que cuando regrese nos describa esos paisajes que ha visitado.— FRANCISCO ALONSO OTERO (Universidad Autónoma de Madrid).

*Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles**

En los últimos años se viene produciendo una eclosión de literatura científica que tiene como objeto de estudio los temas relacionados con el paisaje hasta el extremo que resulta difícil llevar a cabo su total seguimiento. El libro *Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles. Aplicación a tres escalas espaciales* no es uno más. Se trata de un libro imprescindible de conocer que ha sido producido por el Centro de Estudio Paisaje y Territorio de la Junta de Andalucía; una obra colectiva coordinada por José Gómez Zotano y

* Centro de Estudio Paisaje y Territorio *Marco conceptual y metodológico para los paisajes españoles. Aplicación a tres escalas espaciales*, 2010, 467 pp.

Pascual Riesco Chueca que cuenta con la colaboración y asesoramiento de Damián Álvarez Sala y Jesús Rodríguez Rodríguez.

El trabajo que se reseña pretende ser una guía metodológica que ayude a gestionar el buen gobierno del paisaje siguiendo las indicaciones que recomienda el Convenio Europeo del Paisaje (CEP) y los planteamientos generales de la metodología británica denominada *landscape character assessment* (LCA), que se viene aplicando en muchos países europeos, sin renunciar a otros postulados como los aplicados por Georges Bertrand en Francia (método GTP) y el cuerpo teórico reflejado en la obra de Florencio Zoido Naranjo.

Como buena guía que es, aborda el conocimiento del paisaje en diferentes etapas y fases siempre teniendo como objetivo el identificar, caracterizar y cualificar los recursos paisajísticos de un territorio a distintas escalas espaciales.

Este libro supone un avance importante en la línea de trabajo que marca el CEP y tiene como objetivo principal desarrollar una guía metodológica que sea útil para el tratamiento, gestión y ordenación de los paisajes. También intenta sistematizar el estado del conocimiento respecto del paisaje; tarea difícil y compleja dada la numerosa literatura existente. No obstante, se destaca que en las investigaciones relativas al paisaje han tenido mayor presencia las teorías y postulados de base perceptiva y con respecto a su evaluación y gestión dominan los planteamientos de contenido propositivo de los expertos.

La investigación insiste en que el estudio del paisaje se debe abordar a partir de las relaciones que se establecen entre la base natural, la historia y la percepción que las sociedades tienen de este espacio como marco vital. Es decir, como «una íntima y compleja relación entre la persona y el lugar» (p. 25), que supera anteriores discusiones que conciben el paisaje como una determinada categoría estética o ecológica.

Los autores del trabajo se atreven a exponer las teorías conceptuales más relevantes y que cuentan con mayor grado de aceptación respecto al paisaje, aunque apuestan por la metodología LCA como modelo que intenta conciliar distintas corrientes (subjettiva y objetiva, así como formales y causales...).

Este trabajo nos explica cómo la metodología LCA propone una zonificación del paisaje en áreas y tipos articulados de modo interactivo mediante el reconocimiento de su carácter. Nos expone de modo certero, con profundidad y muchos matices, estos postulados básicos que son analizados a lo largo del libro: carácter paisajístico, área paisajística y tipos de paisajes.

En general, el carácter paisajístico se entiende como «resultado de la acción e interacción de factores naturales y/o humanos y surge a partir de combinaciones particulares de la geología, el relieve, los suelos, la vegetación natural, los usos del suelo, los tipos de explotación y los patrones de asentamientos» (p. 235). Concretamente el CEP lo define como «conjunto de rasgos que hacen exclusivo un paisaje». También, como un «conjunto particular, reconocible y consistente de elementos presentes en un determinado paisaje que lo hacen diferente de otros» (p. 223).

Los tipos de paisajes se explican como un patrón que a una determinada escala de análisis permite agrupar a un conjunto de áreas paisajísticas. También, como «un conjunto de rasgos de carácter que se manifiestan en distintas localidades cada uno de los cuales resulta de la agrupación de áreas con rasgos comunes» (p. 70). Los tipos se definen como entes abstractos que surgen por síntesis o inducción y para nombrarlos se utilizan términos que reflejan las influencias o factores dominantes en el paisaje.

Las áreas paisajísticas las sintetiza como «lugares con nombres» o «trozos del territorio». Es decir, áreas singulares y únicas desde el punto de vista paisajístico en las que se extiende un tipo particular de paisaje, y cuyas denominaciones suelen tener cierto arraigo y reconocimiento sociocultural a menudo revelado por la existencia de topónimos alusivos.

Para llegar a definir el carácter paisajístico, las áreas y los tipos, el libro propone distintas etapas y fases de procedimiento que se recogen en los siguientes pasos principales: identificación, caracterización y cualificación; a continuación indica que se deben formular objetivos de calidad paisajística; y finalmente, mediante la acción política, realizar la puesta en práctica de dichos objetivos utilizando sistemas públicos de protección, gestión y evaluación.

El libro se estructura en dos partes principales. La primera viene dedicada a exponer el estado del conocimiento del paisaje, sus principales fuentes, el modo de caracterizarlo, su dinámica y cualificación, para terminar explicando el método evaluativo y propositivo indicado en LCA. En total, unas 230 páginas, lo que significa la mitad del volumen. La segunda parte viene dedicada a la exposición de este método a distintas escalas espaciales.

En la primera parte se acentúa la importancia que conceden los autores a la cualificación de los paisajes y al establecimiento de objetivos de calidad paisajística, que se deben formular según sean las necesidades

y los valores que la población atribuye a sus paisajes (pp. 149-215). Se explica que, en esta percepción del público en general, dominan los aspectos formales y recientemente se insiste en los aspectos cognitivos de identidad y carga simbólica. De modo que la vía que eligen para generar indicadores tiene relación con el reconocimiento de las funciones y valores tal como son percibidos por la población; un proceso participativo que según Habermas debe atender a tres ámbitos: el cognitivo-instrumental (biogeográfico), el práctico-moral (utilidad y función) y el estético-expresivo (valoración y preferencias culturales).

Los autores asumen que los indicadores prospectivos son variables y miden las dinámicas que afectan a los paisajes con cualidades determinadas. Explican que el indicador «se trata de un elemento cualitativo que permite llevar a cabo un seguimiento periódico de la evolución y estado de los paisajes» (p. 179). También sugieren que la puesta en marcha de un sistema de objetivos de calidad paisajística requiere de una matriz de indicadores que permita llevar a cabo el seguimiento del proceso. Incluso se llegan a definir muchos de éstos. Además, exponen cuáles son los más útiles de aplicar según las escalas de análisis, los procesos y las amenazas, así como para llevar a cabo su cualificación.

En la segunda parte del libro se exponen tres casos a los cuales se les aplica la metodología LCA. Es decir, a escala subregional, comarcal y local (Sierra Morena, Sierra Bermeja y el área de expansión metropolitana de Cortijo del Cuarto en Bellavista, Sevilla). En todas las escalas se establecen etapas y fases de actuación siguiendo un protocolo complejo, aunque perfectamente definido y estandarizado, fruto de años de experiencia en su aplicación. En cada caso se intenta reconocer el carácter paisajístico y su cualificación mediante un conjunto de indicadores valorados por la población mediante un procedimiento evaluativo y propositivo. Así, se llegan a definir los tipos y áreas como ejercicio participativo de reconocida calidad científica. Además, cada escala de análisis tiene un tratamiento específico y determinado debido a considerar que no existe una metodología universal aplicable a todos los ámbitos territoriales. Concretamente, explican que uno de los aspectos difíciles de cumplir y que viene recogido en el método del CEP tiene relación con la participación social.

De los ejemplos elegidos para aplicar la metodología del CEP, la escala intermedia se adapta en mayor grado a sus contenidos. Además, se debe reconocer que en el caso de Sierra Bermeja se parte con la ventaja de tener como base la realización de la tesis doctoral de José Gómez

Zotano. De modo que ha facilitado el trabajo teórico, el trabajo de campo y la adaptación de sus contenidos al enfoque metodológico de LCA. A lo largo de la investigación se observa también que, a medida que la escala del ámbito de estudio aumenta, es preciso abandonar descripciones estrictamente perceptivas del paisaje para dar paso a conceptos integrados de carácter cognitivo. Así se expone textualmente en el libro respecto al «dominio territorial» de Sierra Morena que «resulta incierto y problemático injertar el procedimiento metodológico de áreas y tipos establecido en la LCA sobre este espacio» (p. 337). Sin embargo, esta escala subregional se ajusta mejor en lo que respecta a identificar perfiles identitarios y simbólicos. En lo referido a la escala local (Cortijo del Cuarto) y específicamente en lo relativo a la cualificación de los paisajes, se impone la valoración de expertos sobre la participación social.

El libro presenta unas fuentes bibliográficas y cartográficas muy extensas y ofrece información detallada de direcciones electrónicas de páginas web que recogen investigaciones y documentos relevantes. Desafortunadamente, son alojamientos electrónicos efímeros que dejan de estar en vigor con el paso de los años. En cualquier caso, el esfuerzo en la búsqueda de bibliografía general y específica es encomiable.

El trabajo que se reseña respeta los estilos de escritura de cada uno de los autores, aunque se realiza un trabajo armonizador por parte de los coordinadores. De modo que se mantiene un lenguaje unitario común enriquecido por distintos matices; unas veces con una prosa florida y sensible cercana al lenguaje literario, en otras ocasiones con un rigor lingüístico difícil de superar o con una escritura cuidada propia de los trabajos de más alta cualificación científica.

El libro se completa con numerosos cuadros sinópticos y tablas que se alternan según sean de producción propia, como fruto de interpretar a otros autores o simplemente reproduciéndolos textualmente. También contiene gran número de fotografías originales pertenecientes a los investigadores que participan en el trabajo. En general, dichas imágenes tienen como objeto de enfoque ámbitos paisajísticos pertenecientes a la meseta castellana, dominando los planos medios en aquellos de gran formato y que a modo de portadillas separan capítulos o apartados.

En resumen, a mi entender, este libro que se reseña resulta imprescindible para llevar a cabo un acercamiento al estado del conocimiento del paisaje, su identificación, caracterización, valoración, tratamiento, protección y gestión.— JUAN JOSÉ DOMÍNGUEZ VELA.